

la prueba, pronunciando con la sana serenidad de Job el «*como al Señor le agradó fue hecho; sea su nombre bendito*» (Job 1 21), son pocos, muy pocos, los verdaderamente santos y rectos.

1º Es preciso practicar ya la conformidad **durante la salud**, para estar dispuestos a recibir lo que el Señor quiera mandar. San Ignacio, al predicar la santa indiferencia, pone «*la salud o enfermedad, la vida larga o corta*», como términos primeros de comparación. Por impulso espontáneo de nuestra naturaleza, no somos indiferentes a la salud o a la enfermedad; por eso hemos de «*hacernos indiferentes*», esto es, la voluntad debe imponerse a los impulsos naturales, corrigiéndolos de forma sobrenatural.

Esta indiferencia no sólo tiene como base el hecho de que es mejor lo que Dios quiere que lo que nosotros queremos, sino que, además, debemos creer que la Providencia marca sabiamente los caminos de la salvación, valiéndose de la enfermedad para apartar peligros desconocidos, a los que la salud tal vez nos llevaría para nuestra ruina.

2º Cuando se está ya **en la misma enfermedad**, hay que repetir los actos de conformidad, de cara a las tres posibilidades que se ofrecen: «*Puedo sanar; puedo seguir enfermo; puedo, agravándose el mal, morir; ¡hágase en todo la voluntad de Dios!*»

4º Fecundidad de la enfermedad bien llevada.

A los enfermos les amenaza la tentación de sentirse inútiles para el trabajo, de ser una carga para los demás, al obligarlos, además de tener que atenderlos, a repartirse los quehaceres que ellos tenían asignados. Piensan ser un estorbo y un obstáculo. Pero están en un error. Pasar a ser «*miembros dolientes*» de la comunidad es ocupar un puesto de honor, mucho más difícil y penoso que realizar trabajos duros. «*Cumplo en mi cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo, por su cuerpo que es la Iglesia*» (Col. 1 24). San Pablo establece así el papel redentor del sufrimiento corporal, necesario en la economía de la salvación. Los enfermos sufren, pero su sufrimiento no es gratuito. Abonan con él los trabajos apostólicos, libran al mundo de muchos castigos de Dios, se suman más que nunca a la Pasión de Cristo, de la cual provienen los mejores beneficios y gracias para las almas.

Lejos de sentirse inútiles, los enfermos debieran comprender que ha llegado su mejor momento, por haber sido elegidos para soportar una parte esencial de la Cruz. Si adquieren plena conciencia de su situación, no sólo sabrán sobrellevar los dolores con serenidad de ánimo, sino que se ofrecerán generosamente a padecer cuanto el Señor quiera enviarles. Y los sanos aprenderán a ver en sus hermanos dolientes una encarnación de Cristo más viva que nunca, cuidándoles, consolándoles y visitándoles como al mismo Cristo.

El amor de Dios en la enfermedad

Los sufrimientos de la enfermedad son un género de mortificación enviado por Dios, que forma parte del trabajo ascético para la total purificación del alma. Dice San Agustín:

«Escucha a la Escritura, que te dice: “El Señor flagela a todo hijo a quien recibe” (Heb. 12 6). Y prepárate a ser flagelado, o ciertamente no busques ser recibido. Porque “flagela –dice– a todo hijo a quien recibe”; y tú, ¿serás exceptuado? Si eres exceptuado de la pasión de los flagelados, exceptuado serás del número de los hijos.»

He aquí el punto de partida para entender el papel y el valor de las tribulaciones que, en distintas formas, envía Dios en esta vida. Enfermedades, contradicciones, persecuciones, calumnias, fracasos, incomprensiones, menosprecios, ¿quién puede contar los modos que tiene el dolor de llamar a nuestras puertas? Todos ellos son flagelos de Dios, descargados sobre las espaldas de sus hijos.

1º Puesto de la tribulación en la vida espiritual.

Convencidos de la necesidad de mortificarnos, y con la mejor buena voluntad, comenzamos a negar placeres, a refrenar pasiones, a reprimir sentidos y potencias. Pero todo eso es muy poco, tenemos la mano demasiado blanda con nosotros mismos, y así no llegamos más que a purificar la superficie. Las raíces más hondas del mal se escapan a nuestros medios, y nos falta energía para extirparlas. Nuestro esfuerzo ascético tiene un límite, no llega a echar fuera todo lo pecaminoso. Mas Dios, que nos conoce mejor que nadie y sabe por dónde ha de ser dirigida la cura, se encarga de suplir esas deficiencias y envía la tribulación para completar la obra purificadora.

Esta tribulación puede consistir en pruebas íntimas del alma; pero también puede ser una prueba exterior, entre ellas la enfermedad, que pasa a formar parte del purgatorio que Dios prepara en la tierra «*a todos los hijos que recibe*». La visión que la fe da, por consiguiente, de esta clase de sufrimientos se funda en unas cuantas verdades que nunca debemos olvidar:

1º Necesitamos del dolor y del sufrimiento, de las desgracias exteriores, para completar nuestra santificación.

2º Las tribulaciones son señal preciosa del amor de Dios. ¿No envió sufrimientos sin límites sobre su Hijo Unigénito, el Amado por excelencia? ¿Acaso privó del dolor

a su Madre, a San José y a todos sus santos predilectos? Así se explica que los santos, que todo lo miraban a la luz de la fe, se quejasen y anduviesen recelosos cuando todo les sucedía prósperamente. ¿Se habrá olvidado Dios de mí, cuando no me manda trabajos?

3° Los sufrimientos llevan ciertamente al cielo, a la unión estrecha con Jesucristo, y a considerar el mundo como es en realidad, como «valle de lágrimas». San Agustín compara estos sufrimientos a la uva puesta en el lagar: «Perece la uva oprimida; mas, ¿para qué perece? Para el vino y el tonel, para la quietud de la bodega, guardada en el gran descanso». La imagen es muy exacta: como se exprime la uva en el lagar, así parece apretarnos Dios por medio de la tribulación; sale todo lo bueno que hay en el hombre, y Dios lo guarda; el orujo malo y amargo, la madre del pecado, queda desechado.

Es capital tener esta noción sobrenatural del sufrimiento, porque en este escollo embarrancan muchas naves que emprendieron su ruta con generosidad. ¡Cuántos dieron comienzo con entusiasmo a una vida espiritual seria, dándose al cumplimiento de los deberes de estado, a las mortificaciones, prometiendo que llegarían muy lejos en el camino de la perfección, y luego, cuando Dios tomó la dirección de las penalidades, se llenaron de quejas, de amargura y desaliento, abandonándolo todo!

«Es que se cometen injusticias conmigo; tal superior me tiene mala voluntad; los compañeros no me quieren bien; tengo continuas sequedades en la oración; no creí que las tentaciones fueran tan fuertes; Dios ya no me hace caso». Estas y otras lamentaciones indican una falta de fe al valorar el sufrimiento. Eso mismo necesitabas tú: sentirte perseguido, incomprendido y arrinconado, para que perdieses la confianza en ti mismo y el apoyo que tenías puesto en los hombres. Necesitabas la sequedad en la oración y el «ángel de Satanás que te abofetease» (II Cor. 12 7), para desprenderte del apego a los consuelos y dulzuras espirituales, y no creyeses que el camino de la santidad era de rosas.

2° Frutos sobrenaturales de la enfermedad.

Entre la multitud de tribulaciones con que Dios puede probarnos, la enfermedad adquiere, por su frecuencia, un especial relieve. Hemos de ver a la enfermedad como algo querido y dispuesto por Dios para nuestro bien:

«La voluntad de Dios es unas veces que estés sano y otras enfermo. Si cuando tienes salud es dulce la voluntad divina, y cuando enfermas, amarga, no tienes corazón recto. ¿Por qué? Porque no quieres dirigir tu voluntad a la de Dios, sino torcer la de Dios a la tuya. Aquella es recta, y tú torcido: tu voluntad ha de corregirse por aquélla, no aquélla torcida a ti. Sólo así tendrás un corazón recto» (San Agustín).

Dios quiere, en efecto, que alguna vez estemos enfermos. ¿Para qué? ¿Qué fin se propone al enviarnos el sufrimiento y el dolor? Señalemos algunos frutos que el alma ha de sacar.

1° La enfermedad es penitencia. Y ciertamente mucho más intensa que los cilicios y disciplinas. Los dolores, la pérdida de fuerzas, la falta de sueño y de

apetito, envuelven una serie de molestias, a las que no llegan los programas más austeros de mortificación.

Todos los bienes que produce la penitencia corporal están en la enfermedad. La carne pierde sus bríos y el alma queda más libre de sus apetitos; los atractivos del mundo y de sus placeres se desvanecen; se piensa y se ve con claridad la caducidad de la vida y de todos sus goces. ¡Qué bien se medita en la muerte y en la eternidad al considerar que unos dolores un poco más intensos, un agravamiento del mal, pueden terminar con nuestra vida en la tierra!

2° La enfermedad es escuela de humildad, porque rebaja el concepto elevado que tenemos de nosotros mismos.

Nos humilla, efectivamente, la falta de fuerzas y de capacidad para el trabajo; somos una carga para los demás cuando estamos enfermos; sentimos la inconsistencia de nuestras energías, la facilidad con que nuestros proyectos caen por tierra, lo inestable y precario de nuestra actividad en el mundo. Nos creíamos, quizá, indispensables para cualquier cosa; y la enfermedad nos demuestra que todo se arregla sin nosotros, que las cosas siguen normalmente, que no éramos necesarios de ninguna manera.

3° La enfermedad es la ocasión de fortalecimiento del alma. Cuando las energías del cuerpo andan en quiebra, el alma, que toma el primer plano, logra robustecer su vida espiritual, su vida propia.

Se vive entonces más intensamente en el mundo espiritual, luchando y venciendo con más eficacia a los enemigos invisibles. El demonio tienta entonces con más rigor, excitando la impaciencia, intranquilizando al alma con escrúpulos, induciéndola a quejarse de Dios y de los hombres; razón por la cual San Agustín compara con los mártires que luchaban en el circo contra las fieras, dejándose devorar imperturbables, a los que soportan con heroica paciencia los dolores de la enfermedad. Todos los santos confesores han dado una prueba magnífica de fortaleza sobrenatural, al soportar enfermedades dolorosísimas, a veces hasta la muerte, sin ninguna queja, con la sonrisa en los labios, de los que brotaban palabras de conformidad y de alabanza a Dios.

4° La enfermedad da oportunidad para ejercitar muchas y hermosas virtudes, que en tiempo de salud no hallan objeto y ocasión tan propicios.

Paciencia y obediencia son las primeras virtudes que se han de manifestar y fortalecer en la enfermedad. Hay quien tiene paciencia con las molestias de la enfermedad, pero se aira por un descuido del enfermero, que trajo la comida fría o tardó en acudir; quien culpa al médico de negligencia o de no darle las medicinas que él cree han de venirle mejor; quien «soportaría» una enfermedad imaginaria, pero no quiere precisamente aquélla que entonces le molesta. Hay que tener paciencia con todo, hay que obedecer a todos.

3° Conformidad con la voluntad de Dios.

Sobre todo, la hora de la enfermedad es el momento en que se ponen de manifiesto los quilates que tiene nuestra conformidad con la voluntad de Dios. Conformes con la voluntad de Dios en la salud lo estamos todos, pero en la hora de